



Inducción, causalidad y psicologismo en Hume

Oscar Eduardo Pineda Lemus

filoneyol@gmail.com

Resumen

El objetivo de este escrito es analizar, dentro de la teoría del conocimiento del filósofo inglés David Hume, el planteamiento acerca del razonamiento inductivo y los inconvenientes que éste puede acarrear. Para ello, se deben tomar los aspectos más relevantes de su teoría –como el origen de las ideas, las cuestiones de hecho, las relaciones causales y la creencia- y ejercerles un rastreo minucioso, en la medida en que Hume en ninguno de sus puntos se refiere concretamente al concepto inducción. Sin embargo, se hace evidente que éste, para el autor, forma parte indispensable en el andamiaje de su teoría debido a la constante adecuación a dicho razonamiento expresado de manera implícita en sus escritos. Por ende, la labor que se pretende ejecutar a continuación consiste en evidenciar esos apartados en donde se hace referencia a la inducción y hacerlos explícitos, mostrando con ello su planteamiento y los problemas que éste acarrea

Palabras clave

Inducción, empirismo, ideas, filosofía, causalidad, psicologismo, escepticismo, costumbre.

Para realizar satisfactoriamente esa tarea, es pertinente aclarar que tanto en el *Tratado sobre la naturaleza humana* como en la *Investigación sobre el entendimiento humano* David Hume comienza la presentación de su filosofía ejerciendo un análisis de los contenidos mentales; para ello, recurre a presentar su teoría de las ideas. Para Hume, es realmente claro la aserción de que cualquier persona sana mentalmente puede distinguir sin dificultad la diferencia entre sentir un dolor o un calor excesivo y el recordar o imaginar posteriormente dichas sensaciones. Según él, se podría imitar o copiar alguna sensación, pero nunca se podría igualar por completo “la fuerza y vivacidad del sentimiento original” –y esto rige según el autor para todas las demás percepciones del pensamiento, en la medida en que tanto una persona enamorada, como aquella invadida por la desolación actúan y sienten diferente de cuando solo reflexionan sobre los mismos sentimientos.

Hume establece que la división de todas las percepciones del intelecto solo se reducen a dos clases o especies; teniendo en cuenta que su diferencia, radica exclusivamente en los grados de fuerza y vivacidad. Por ende, denomina en primera instancia con el término “pensamientos o ideas” aquellas que poseen un menor grado de fuerza y vivacidad. Y en segundo lugar, denomina con el término “impresión” a todas aquellas percepciones que poseen realmente un grado de fuerza muy alto y que son mucho más vividas, como cuando amamos, deseamos u observamos.

De lo anterior, se puede inferir claramente que los límites de nuestro pensamiento son muy angostos ya que todas nuestras ideas solo pueden proceder de nuestras impresiones anteriores. Quien pretenda otra cosa, sólo tendría como método de refutación mostrar una idea que no tenga derivación alguna de dicha fuente –y eso para Hume se convierte en una pretensión sencillamente imposible.

“En síntesis, todos los materiales del pensamiento derivan bien sea de nuestro sentimiento externo o del interno: la combinación y composición de éstos pertenece únicamente a la mente y a la voluntad. O bien, para expresarme en lenguaje filosófico, todas nuestras ideas o percepciones más débiles son copias de nuestras impresiones o percepciones más vividas”.¹

Ahora bien, con el objetivo de mostrar la certeza de sus anteriores argumentaciones, Hume, presenta dos argumentos. El primero de ellos descansa en la afirmación rotundamente aceptada de que cuando analizamos nuestros pensamientos en su raíz (independientemente de sus composiciones) notaremos inmediatamente que siempre nos remiten en última instancia a una idea simple copiada de una sensación o un sentimiento precedente. Así por ejemplo la idea de un monstruo con patas de caballo, cuerpo humano y cabeza de rinoceronte, no es en el fondo más que una copia de un grupo de percepciones vistas con anterioridad por separado, que, sin embargo, gracias a la capacidad de reflexión de nuestro intelecto, las pudimos unir, formando con ello lo que al principio pareció una idea original.

En su segundo argumento, se toma como ejemplo la falta de uno de nuestros órganos sensitivos. Para Hume, el hombre que no sea susceptible a una característica sensitiva específica, tampoco lo será de concebir sus correspondientes ideas. En ese sentido, si una persona nace sorda, jamás será capaz de concebir percepción alguna del sonido, ya que para él es algo completamente incognoscible.

En consecuencia, si se tiene claro que las impresiones son el único material originario con el cual reflexionamos, solo restaría por decir que el contenido de nuestra mente aumenta y se enriquece merced a la asociación de ideas. Con ello, Hume pretende demostrar que las ideas no se encuentran desconectadas de la mente. Por un lado, la imaginación tiene un gran poder y libertad para mezclar y combinar a su gusto. Pero existe también, en las ideas en sí mismas, una especie de atracción, que tiene en el mundo mental efectos tan extraordinarios como en el natural, aunque sus causas sean en gran parte desconocidas; esta atracción es como una fuerza suave que normalmente prevalece, e igual que Newton, Hume las reduce a tres leyes: semejanza, contigüidad y causa y efecto.

Ahora, en lo referente a las operaciones del entendimiento, para Hume, todos los objetos de la razón, pueden ser divididos en dos clases: “Relaciones de ideas y Cuestiones de hecho”. La primera clase se ocupa de todas las afirmaciones intuitivas o demostrativamente verdaderas dentro de las cuales es imposible concebir su contradicción. Por ende, las proposiciones de éste tipo pueden ser descubiertas solamente mediante operaciones del pensamiento con independencia de lo que pueda existir realmente en el mundo. Por lo tanto, es perteneciente a las relaciones de ideas ciencias como la aritmética o la geometría.

Ejemplo de ello es cuando expresamos que la formulación 8×3 es igual a $12+12$. Allí, estamos expresando una relación entre éstos números y su comprensión o demostración es bien susceptible de llevarse a cabo mediante una operación del pensamiento sin necesidad de llegar a otra causa para demostrar su verdad.

Por el contrario, las cuestiones de hecho no son descubiertas de la misma forma, ya que éstas pertenecen a una naturaleza diferente de las previamente mencionadas. Dentro de ésta clase, lo contrario de cualquier cuestión de hecho siempre puede ser posible. Ello en la medida en que nunca puede establecerse una contradicción y en consecuencia, puede ser concebido por el entendimiento con la misma claridad como si eso opuesto también pudiera conformarse con la realidad.

¹ HUME, David. *Investigación sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. sec II, p. 27-28.

“El sol no saldrá mañana no es una proposición menos inteligible y no implica mayor contradicción que la aserción saldrá mañana. Por ende, en vano intentaríamos demostrar su falsedad. Si fuese demostrativamente falsa, implicaría una contradicción y nunca podría ser concebida por la mente como distinta”².

En esta aserción, se observa claramente la alta susceptibilidad de contradicción que encarnan las cuestiones de hecho. No obstante, de allí se genera un hecho considerablemente importante; a saber, que el conocimiento proveniente de los sentidos no ofrece suficiente fundamento para apoyar afirmaciones que versen sobre lo no observado. La posibilidad de que la experiencia futura contradiga la actual, le niega la posibilidad de ofrecer tal certeza. Y esto rige, aun si se sabe que es mucho más probable que las cosas se sigan comportando del mismo modo.

Ahora bien, todas las operaciones intelectuales acerca de las cuestiones de hecho parecen estar fundamentadas en un aspecto crucial: “La relación causa y efecto”. Según Hume, solo por medio de dicha relación se puede dar un paso más allá de la evidencia arrojada por los sentidos y la memoria. Sin embargo, todos nuestros vaticinios fácticos pertenecen a la misma naturaleza, del modo que en todos ellos, se supone constantemente la existencia de una conexión entre el hecho que acontece y lo que nosotros podemos inferir de él. Por esta razón, Hume afirma que en todos los razonamientos de dicha naturaleza, se encuentra la relación causa y efecto, bien sea de manera cercana o remota, directa o colateral.

No obstante, en este punto, es necesario señalar que la intención de Hume consiste en realizar estrictamente un ejercicio de rigor epistemológico en el que su principal énfasis no se fundamenta en otorgar una solución acertada referente a dicho problema, sino más bien en analizar su modo de acción. Igualmente, pretende mostrar los principales escollos que pueden indicar donde se encuentran los verdaderos problemas a resolver en torno a esta relación de causa y efecto, que evidencian claramente enunciados inductivos y que conllevan –hasta ahora- a una solución negativa. En este contexto, la propuesta de Hume consiste en avanzar lentamente, descartando todo aquello que no puede servir como fundamento de la inducción, hasta llegar –como se verá más adelante- a tomar la postura escéptica como la única solución plausible.

Ahora, si ya se ha dejado claro que las cuestiones de hecho están fundamentadas en la relación causa y efecto, lo más pertinente es en éste caso agregar que dicho conocimiento nunca se obtiene en primera instancia por razonamientos *a priori*, sino que surgen enteramente de la experiencia. Ello, se entiende en la medida en que ningún objeto revela por medio de sus cualidades perceptibles, ni las causas que lo produjeron ni los efectos que pueden surgir de él. Por ende, la proposición “las causas y los efectos son descubiertos por la experiencia y no por la razón” es algo que en Hume, no admite discusión alguna ya que es tan admisible como la afirmación de que aunque podemos conocer un objeto, adolecemos sin embargo, de una gran capacidad para predecir qué se derivará de ellos.

Sin embargo, si se hace un análisis de lo que se ha dicho hasta este punto, concluiremos que no hemos llegado a una solución aceptable frente al asunto, ¿cómo se dan las operaciones del entendimiento en el hombre? La razón es que las inferencias inductivas con las que hemos avanzado, siempre nos han hecho surgir una nueva interrogante. Cuando nos preguntamos por la naturaleza de los razonamientos de las cuestiones de hecho, su respuesta aboga por la fundamentación de la relación causa y efecto. Y cuando se formuló de nuevo el interrogante por el fundamento de

² HUME, David. *Investigación sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. sec IV, p. 37.

dicha relación se afirmó que se basaba en la experiencia. Aun, cuando nos preguntamos por todas las conclusiones extraídas de la experiencia, nos llevó a un nuevo interrogante cuya solución es de mayor dificultad.

Por esta razón, lo primero que se debe conceder es que el hombre solo posee el conocimiento de ciertas propiedades superficiales de los objetos, pero sus principios y poderes están tan ocultos que se consideran vedados para nosotros. Tal vez los sentidos nos proporcionen información sobre el calor, peso y consistencia del pan, pero jamás (ni los sentidos ni la razón) podrán informarnos acerca de aquellas facultades que lo hacen apropiado como alimentos para el cuerpo. No obstante, a pesar de nuestra gran ignorancia, tendemos a presumir siempre que vemos propiedades sensibles análogas, un efecto semejante al que se ha experimentado en anteriores ocasiones.

Este es un proceso habitual del pensamiento cuya fundamentación –hasta el momento- no se ha logrado conocer. De ello, resulta que en cuanto a las experiencias pasadas, se puede aceptar sin reparos que nos suministra una información clara y directa sólo respecto de aquellos objetos particulares y de ése preciso periodo de tiempo en que cayó bajo su conocimiento. Con ello, entendemos que aunque la primera de las suposiciones que se dan por sentadas cuando presumimos la certeza de los argumentos inductivos, es que el futuro será semejante al pasado. No obstante, la objeción de Hume va encaminada a mostrar la posibilidad teórica de que el curso de la naturaleza puede cambiar, y por lo tanto, el pasado en ningún momento podrá ser regla para el futuro.

Así, aunque las inferencias en el pasado resultan ser un referente indispensable –en la medida en que toda persona se vale necesariamente de ellas para la subsistencia humana en la tierra- el problema se evidencia cuando se intenta justificar las conclusiones sobre el presente y el futuro, inferidas en base a experiencias pasadas. En consecuencia, entendemos que el problema de la inducción expresado anteriormente no está enfocado hacia la afirmación “la inducción no funciona” –de hecho, es por todos bien claro que la inducción realmente funciona; es más, sin ella no habría coherencia y todo sería un caos- el problema aparece solo cuando nos preguntamos si es suficiente el fundamento que se ha venido dando.

La cuestión radica en que no estamos en capacidad de justificar de una manera objetiva el paso de inferencias pasadas a los hechos futuros. Sin embargo, a pesar de estas dificultades de gran peso, seguimos asumiendo esos mismos argumentos y con ello dando por sentado la igualdad o semejanza entre el pasado y el futuro. Ahora, como estas inferencias no pueden tener un carácter arbitrario, la pretensión de Hume se encuentra direccionada a ubicar sobre qué principio pueden estar fundamentadas. Y según el autor, dicho principio es la costumbre:

“Este principio es la costumbre o el hábito. Pues dondequiera que la repetición de un acto u operación particular produce la propensión a renovar el mismo acto u operación, sin estar motivada por ningún razonamiento o proceso del entendimiento, afirmamos siempre que tal propensión es el efecto de la costumbre”³ .

De lo anterior, se puede deducir que para Hume la repetición y el hábito nos permite tener la expectativa de que en cierto tipo de casos podemos establecer inferencias que nos guían a esperar en un presente o futuro la aparición de los mismos objetos o circunstancias. Así, hasta ahora, la inducción cuenta solamente con una expectativa en que el curso de la naturaleza no va a variar y por ende las cosas seguirán funcionando del mismo modo en que lo han hecho.

³ HUME, David. *Investigación sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. SEC V, p. 59.

Inconvenientes de la causalidad y el psicologismo.

Como se ha dicho anteriormente, dentro de la filosofía de Hume queda excluida la existencia de proposiciones sintéticas *a priori*; esto es, de proposiciones referidas a cuestiones de hecho, pero que a la vez sean absolutamente necesarias. No obstante, si todo nuestro conocimiento acerca de la realidad se encuentra fundamentado en la experiencia, ¿estamos legitimados para asentir o pronunciarnos sobre acontecimientos futuros, esto es, sobre acontecimientos sobre los que no tenemos ninguna experiencia? Si podemos negar sin contradicción lógica las proposiciones referentes a los hechos, ¿acaso deberíamos concluir que todo nuestro conocimiento posible sobre la realidad es un conocimiento irracional, carente de validez? ¿Qué validez tienen las proposiciones sobre cuestiones de hecho? Ésta es la cuestión que enfrenta la Teoría del Conocimiento de Hume, en la medida que remite directamente al estatus epistemológico o validez de la ciencia misma.

Ahora, en este aspecto, cabe resaltar que causa y efecto son dos ideas muy diferentes entre sí, en el sentido de que ningún análisis de la idea de causa nos puede acercar a descubrir a priori el efecto que de él se deriva. En palabras de Hume:

“La mente no podría encontrar nunca el efecto en la presunta causa, incluso si procediera al más atento escrutinio y examen. Pues el efecto es totalmente diferente de la causa y por consiguiente, nunca puede ser descubierto en ella”⁴.

En este sentido, el autor penetra un poco más en el tema ofreciendo dos definiciones del término causa. Según la primera, cualquier par de objetos uno seguido del otro, donde todos los objetos similares al primero son seguidos por objetos similares al segundo, establecen una relación causa–efecto. En lo concerniente a la segunda definición, ésta es establecida por Hume apelando a la aparición de un objeto que constantemente conlleva al pensamiento del otro.

En este estudio de la causalidad, se puede llegar a la conclusión de que la relación causa—efecto se convierte en un elemento constitutivo en la generación de leyes y enunciados inductivos. Con ello, Hume se percata de que nosotros no tenemos más que un conocimiento probable de esa relación de causas y efectos, y por ello, insinúa que en ese mismo modo, todos los razonamientos referentes a cuestiones de hecho, son fundados en algo así como una analogía completamente inductiva y probabilística, que en ningún momento podrá cosechar conclusiones concretamente ciertas. Sin embargo, es pertinente aclarar que dicha relación es un resultado completamente natural, que se podría asemejar como una especie de instinto que todos tenemos y no lo podemos evitar –en la medida en que su practicidad es indudable.

En éste análisis, se puede inferir que la principal suposición para sustentar el razonamiento inductivo, es la presuposición de la regularidad de la naturaleza. De acuerdo con ello, de ninguna manera se podría atrever a negar que el pasado nos brinda cierta información sobre los mecanismos y leyes que rigen la naturaleza. No obstante, el problema realmente aparece cuando tratamos de justificar este tipo de conclusiones.

Ahora, en este punto es pertinente recordar que la experiencia es el fundamento de todas nuestras conclusiones en lo que tiene que ver a la relación causa y efecto. Con todo, tal respuesta plantea de inmediato otra cuestión mucho más ardua ¿cual podría ser el fundamento de las conclusiones que se extraen de la experiencia? Si el haber experimentado que un determinado objeto siempre ha estado acompañado

⁴ HUME, David. *Investigación sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. SEC IV, p. 41.

por otro en calidad de efecto me permite inferir que otros objetos semejantes al conocido anteriormente habrán de estar acompañados por lo tanto por efectos análogos. ¿Por qué se pueden extraer esas concusiones, y fuera de eso, se les considera como necesarias?. Para responder lo anterior, se hace pertinente plantear de una manera más adecuada sus términos. En el nexo causa–efecto están presentes dos elementos esenciales. Primero la contigüidad y sucesión; y segundo la conexión necesaria. En lo referente al primer termino se debe decir que tanto la contigüidad como la sucesión son perfectamente experimentables, mientras que el segundo termino no se puede experimentar en el sentido de que no es una impresión, sino que es algo que únicamente se intuye o infiere. En ese contexto, se entiende que la costumbre o el hábito se puede considerar como la gran orientadora de la vida humana. Ello, por que es el único principio que hace que nuestra experiencia sea de una gran utilidad, y por ende, nos permita esperar del futuro, una sucesión de acontecimientos semejantes a los ocurridos en el pasado.

Empero, si entendemos que las experiencias pasadas solo nos suministran una información clara y directa solo respecto de aquellos objetos particulares y de ése preciso periodo de tiempo en que cayo bajo su conocimiento, ¿por qué pensamos que ese tipo de experiencias puede ser extendidas tanto a un tiempo futuro, como aquellos objetos semejantes? Ése según Hume, es uno de los principales interrogantes en los que se debe perpetuar. De suerte que en estas suposiciones, se debe reconocer que se presenta una conclusión extraída por la mente, gracias a un proceso del pensamiento y a una inferencia que debe ser explicada.

“He hallado que tal objeto siempre ha estado acompañado por tal efecto y preveo que otros objetos, en apariencia similares, estarán acompañados por efectos similares. Concederé si se desea, que una proposición pueda ser correctamente inferida de la otra (...) No obstante si se ha de insistir en que la inferencia obedece a una cadena de razonamiento, desearía que se me mostrara tal razonamiento. La conexión entre estas dos proposiciones no es intuitiva. Es necesario que haya una proposición intermedia que permita a la mente realizar una inferencia semejante, si en efecto lo hace mediante razonamiento y argumentación.”⁵

Esta posición negativa adquirirá mucha mayor contundencia en la medida en que los filósofos más serios y astutos investiguen decididamente sobre ésta cuestión y no logren descubrir ese paso intermedio que proporciones soporte a lo antes mencionado. Por esta razón, Hume considera conveniente enumerar todas las ramas del conocimiento humano con la finalidad de evidenciar que ninguna de ellas se puede encontrar apoyo para corroborar dicho argumento.

Según el empirista, todo razonamiento puede ser probado en dos clases: el razonamiento demostrativo, que corresponde a la relación entre ideas, y el razonamiento moral que concierne a las cuestiones de hecho y de existencia. No obstante, resulta evidente que el asunto que se está investigando no tiene nada que ver con los razonamientos demostrativos, debido a que todo conocimiento cuanto es inteligible y puede ser concebido distintamente, no puede en ningún sentido encontrar contradicción, y su falsedad nunca puede ser probada por un razonamiento de esta clase. De suerte que aquella argumentación que nos compromete a confiar en las experiencias del pasado para hacer de ello una norma en el futuro, son los argumentos probables o de cuestiones de hecho. Sin embargo, como anteriormente se ha mencionado que todos los argumentos pertenecientes a esta clase se fundamentan en la relación causa y efecto, y nuestro conocimiento de dicha relación proviene por completo de la experiencia; esforzarnos por probar la afirmación de que el futuro se

⁵ Ibid. p. 48.

conformará al pasado mediante dichos argumentos probables implica notablemente una circularidad en la medida que se admite como verdadero exactamente aquello que debe probarse.

Todos los argumentos de la experiencia se fundamentan en la afirmación: “de causas que parecen similares esperamos similares efectos. No obstante, es necesario un transcurso largo de experiencias uniformes para llegar a una firme confianza o seguridad frente a un acontecimiento particular. Sin embargo, aquel proceso de razonamiento según el cual se extrae una conclusión de un caso particular y se infiere a otros cientos de casos, según Hume, ni ha sido ni ha sido hallado ni se podría imaginar. Con ello, encontramos que el hombre habita en un estado de natural ignorancia respecto de los poderes e influencias de los objetos. Ello, por que la experiencia solo nos muestra una serie de efectos uniformes producidos ciertos objetos, enseñándonos que en determinado instante, poseía ciertos poderes y fuerzas. Por ello, cuando se nos presenta un objeto con propiedades similares, debido a nuestra experiencia previa, esperamos análogos poderes con un efecto similar.

De lo anterior entendemos que es imposible que cualquier argumento de la experiencia pueda demostrar una cierta semejanza entre el pasado y el futuro, debido a que todos estos argumentos descansan o se fundamentan en la misma proposición (de causas similares, esperamos similares efectos).

Para Hume, ninguna investigación o estudio ha logrado eliminar dicha dificultad. Empero, el objetivo de plantear estas cuestiones es de al menos estar conscientes de nuestra ignorancia, sin querer decir con eso que aquellos argumentos que escapan a nuestro estudio no existen realmente. Por ultimo, considero pertinente ejemplificar que la tarea que se presenta a continuación radica en demostrar que la forma de conocimiento o entendimiento de las personas no inicia por un proceso de argumentación o raciocinio a priori, sino exclusivamente por las experiencias anteriores de causas y efectos.

“Ciertamente, los mas ignorantes y estúpidos campesinos --mas aun los niños, las bestias incluso- progresan con la experiencia y aprenden las propiedades de los objetos naturales cuando observan los efectos producidos por ellos. Si un niño ha experimentado la sensación de dolor al tocar la llama de una vela, tendrá el cuidado de no acercar su mano a la vela; esperará un efecto similar de una causa similar en cuanto a sus propiedades sensibles y apariencia”⁶.

Ahora bien, después de abordar el problema de la causalidad, corresponde a continuación, indagar por el problema psicológico de la inducción. En Hume, se hace realmente importante establecer o analizar la revisión de los factores psicológicos que intervienen en todos los procesos de razonamiento inductivo. Por ende, la tesis fundamental del autor radica en que tanto las cadenas causales como las inferencias surgidas de ellas se encuentran basadas exclusivamente en la costumbre o el hábito. De allí, se entiende que lo verdaderamente vital de tales operaciones del intelecto es completamente psicológico y no objetivo, demostrando con ello, por que nosotros convertimos experiencias repetidas en expectativas de volver a suceder lo mismo en el futuro.

No obstante, es necesario aclarar que con la costumbre, por ningún motivo el autor pretende otorgar una explicación final o ultima. Sencillamente se está indicando un principio de la naturaleza generalmente admitido por todos, en la medida en que dicha proposición nos resulta completamente inteligible –aun cuando no se pueda determinar por completo su verdad al afirmar que en la conjunción repetida de objetos, la costumbre es la única que nos permite esperar uno por la presencia del otro.

⁶ Ibid., p. 54.

De lo anterior podemos deducir que en la medida en que la razón es incapaz de realizar una divergencia semejante; la costumbre se erige por tanto en la gran rectora de la vida humana. Ello, por que es la única que le proporciona a la experiencia una gran utilidad, ya que nos permite esperar del futuro una consecución de acontecimientos similares a los manifestados en el pasado.

Ahora, si bien las conclusiones proporcionadas por la experiencia nos conducen más allá de nuestra memoria y sentidos; es pertinente aclarar que siempre debe haber algún hecho presente en cualquiera de éstas facultades para que a partir de allí se pueda proceder a realizar las conclusiones pertinentes. De lo contrario, nuestros razonamientos inmediatamente perderán toda su fuerza convirtiéndose solo en hipótesis.

“En síntesis, si no procedemos a partir de un hecho presente a la memoria o los sentidos, nuestros razonamientos serían meramente hipotéticos; e independientemente de cómo se encuentren relacionados en estos vínculos particulares, la cadena entera de inferencias no estará apoyada en nada y tampoco podríamos por su intermedio, llegar al conocimiento de alguna existencia real”⁷.

Empero, de lo analizado hasta este punto, solo resta por decir que si bien la existencia real de las cuestiones deriva exclusivamente de algún objeto presente a nuestros sentidos o memoria; dicha presencia es llevada a la mente por una “creencia” en la existencia de dicha propiedad del objeto. Es decir, si se tienen dos tipos de objetos en conjunción como el limón y lo ácido, siempre que aparece a nuestros sentidos un limón, la mente es transportada por la costumbre a esperar lo ácido; o en otras palabras, a creer en la existencia de esta propiedad (ácido).

En ese sentido, Hume afirma que la naturaleza de la creencia consiste simplemente en el sentimiento o sensación diferente que se genera cuando un objeto se presenta a la memoria o los sentidos y por medio de la costumbre concebimos otro objeto.

Ahora, es imposible establecer una definición completamente acertada de éste sentimiento, así como es imposible definir la sensación de frío o cansancio, ya que estas son sensaciones que solo se llegan a conocer cuando se han experimentado repetida y previamente. En ese contexto, solo se puede saber el significado de creencia en el momento en que dicho sentimiento se representa.

De lo anterior, se puede llegar a la conclusión de que la creencia no consiste en un orden peculiar de ideas, sino exclusivamente en el modo de su concepción e igualmente en la manera como afectan a la mente, permitiéndole distinguir entre los juicios de las ficciones; ejerciéndoles una mayor influencia e importancia y haciendo de ella el principio indispensable que gobierna nuestras acciones.

En este punto, si tenemos la finalidad de establecer este principio psicológico como una ley general aplicable a todas las operaciones de la mente, se hace necesario cuestionarnos la creencia en relación con las tres conexiones o asociaciones de las ideas –semejanza, contigüidad y causalidad--.

“¿Ocurrirá, en todas estas relaciones, que cuando uno de los objetos está presente a los sentidos o a la memoria, la mente no solo se ve conducida a la concepción de la idea correlativa sino que alcanza una concepción mas fuerte y firme de ella de la que hubiese podido lograr si no fuese así?”⁸.

⁷ HUME, David. *Investigación sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. SEC V, p. 63.

⁸ *Ibid.*, p. 69.

En lo concerniente a la relación de causa y efecto la respuesta –como se ha visto hasta este segmento—es satisfactoria. Ahora, para analizar la conexión de semejanza, Hume alude a varias ilustraciones en las que concluye que en la producción de un efecto X concurren tanto una relación como una impresión presente de un objeto Y. ejemplo de ello, son las ceremonias de la religión católica en la que sus devotos afirman que en la representación de objetos e imágenes sagradas, establecen una conexión mucho mas fuerte y sólida con su creador de lo que podrían poseer con la mera contemplación intelectual. En general, así como este, se pueden encontrar muchos casos en los que la semejanza incurre claramente con una impresión presente demostrando con ello la realidad del principio antes planteado, y generando por tanto una respuesta positiva frente al interrogante propuesto.

Ahora, para considerar los efectos de la contigüidad, Hume nos lleva a pensar que así como la distancia disminuye la fuerza o firmeza de toda idea; al estar cerca o el aproximarse a un objeto –aunque no se nos presente a los sentidos- genera una conducta totalmente opuesta. Cuando uno se encuentra a unos pocos kilómetros de su casa, lo relativo a ésta afecta de una manera mucho mas fuerte y sólida de cuando se esta a miles de millas de distancia. Con lo anterior, queda claro que las tres relaciones de ideas tienen la misma influencia y la misma afectación, permitiendo por tanto, establecer lo antes mencionado como una ley general –aunque no se debe olvidar que es de carácter estrictamente probatorio—aplicable a todas las operaciones de la mente.

En síntesis, restaría por decir que en todos los casos, la transición originada por un objeto en el presente comunica una gran fuerza y solides a la idea vinculada por el. Igualmente, la costumbre es aquel principio –estrictamente de carácter psicológico— que hace posible que se realice dicha correspondencia, la cual es completamente necesaria para la subsistencia de nuestra especie. Así mismo, es pertinente recordar que dicha teoría no se puede dejar en manos de las deducciones de la razón, en la medida que es muy lenta en sus operaciones e incluso en sus formas mas elevadas, es bien susceptible de incurrir en errores. Por ello, resulta claro que dicho acto del pensamiento rece en un instinto o una tendencia mecánica que se descubre con la aparición de la vida y que es independiente de las deducciones del entendimiento.

Finalmente, éste problema psicológico resulta completamente insalvable en la medida en se convierte en un modelo rotundamente aceptado por el sentido común, pero deja totalmente fragmentado y desligado a las operaciones de la razón; resultando dicha situación totalmente paradójica en el sentido de que por un lado no se puede dejar de esperar que las cosas se repitan, así como no se puede evitar establecer conexiones causales que se muestran como obvias, pero de otra parte no se puede encontrar justificación alguna de estas cosas que en un principio se muestran como totalmente evidentes.

Salida escéptica

Lo primero que se debe decir en este punto es que la filosofía al intentar corregir nuestras costumbres o eliminar nuestros vicios, puede recaer en un manejo imprudente en el que incentive una inclinación predominante y conduzca a la mente por ello, a un sesgo de vanidad y adulación. Sin embargo, según el autor, existe una clase de filosofía que escapa a todo ello en la medida en que no se aviene a ninguna pasión desordenada de la mente humana y tampoco se mezcla con ninguna afección; ésta es la filosofía académica o escéptica.

“El académico siempre habla de duda y suspensión del juicio, del peligro de las decisiones apresuradas, de confinar a muy estrechos límites las investigaciones acerca del entendimiento y de renunciar a toda especulación que sobrepase los límites de la vida cotidiana y de la práctica común”⁹.

No obstante, resulta sorprendente que esta filosofía tan inofensiva, sea atacada con tantos reproches y oprobios. Para Hume, el motivo de tanto recelo y envidia se debe a su alejamiento de los vicios y pasiones irregulares, ya que ello atrae demasiados enemigos que pueden catalogar al escepticismo como algo completamente libertino y profano.

Ahora bien, es pertinente aclarar que este tipo de filosofía no pretende limitar o encaminar todas nuestras investigaciones a la vida cotidiana, llevando la duda al límite de destruir toda acción y especulación. Como bien dice Hume “la naturaleza siempre hará valer sus derechos y prevalecerá por encima de cualquier razonamiento abstracto”.

En ese aspecto, es importante recalcar que el escepticismo Humeano no pretende en ninguna de sus investigaciones eliminar el modo de pensar inductivo – para el autor es muy claro que ello pertenece a una característica fundamental de la naturaleza del conocimiento humano--. Así, el escepticismo no pretende eliminar las inferencias inductivas sino poner en duda la creencia absoluta en ellas. Por este motivo, su pretensión está enfocada a tratar de exponer que en dichos razonamientos no se puede pensar en una total certeza de sus resultados.

Con ello, la pretensión de Hume es principalmente evitar que se genere un dogmatismo respecto del inductivismo, mostrando como aspecto fundamental que en ciertos puntos de dicho razonamiento intervienen con un carácter decisivo las creencias, dejando a los argumentos totalmente relegados y generando por tanto, que sus conclusiones no sean completamente certeras sino “*probables o probatorias*”¹⁰.

Teniendo claro que David Hume no tiene por objetivo mostrar que mediante sus críticas se debe llegar a la conclusión de la anulación de los juicios inductivos tanto en lo referente a la cotidianidad de las personas como en el conocimiento de la ciencia; se podría decir entonces que el filósofo acepta la necesidad de la inducción como proceso cognoscitivo.

No obstante, no es una aceptación total y unilateral; Hume se conserva escéptico frente al fundamento de éstos juicios inductivos. Así, en ese orden de ideas, el autor promueve un “escepticismo mitigado” debido a su reconocimiento de que es imposible excluir a la inducción en la práctica. Para mejor claridad, Hume se refiere al escepticismo mitigado de la siguiente manera:

“Ciertamente, hay un escepticismo mitigado o filosofía académica que puede ser a la vez perdurable y útil y que en parte deriva de este pirronismo o escepticismo excesivo, cuando sus dudas indiscriminadas son corregidas, en alguna medida, por el sentido común y la reflexión (.....) tal reflexión naturalmente les inspiraría una mayor modestia y reserva, rebajaría la alta opinión que tienen de sí mismos y los prejuicios que abrigan en contra de sus adversarios”¹¹.

Por último, solo resta por decir que la intención de Hume es revisar la suposición de validez de la inducción tan aceptada por la mayoría de personas. Por ende, si se llevan estos juicios al conocimiento empírico, se llegara a la conclusión de

⁹ IBID. PG 57.

¹⁰ HUME, David. *Investigación Sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. SEC VI, p. 77.

¹¹ HUME, David. *Investigación Sobre el Entendimiento Humano*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1992. SEC XII, p. 208.

que casi en su totalidad no solo pertenecen al campo de la experiencia sino también al de la suposición inductiva. Ello, porque nosotros no solo enumeramos o narramos casos o hechos particulares que hemos experimentado, sino que excedemos esta frontera, llegando al terreno de lo no observado para hacer conjeturas confiando en el regular curso de la naturaleza. Por ende, según el autor este tipo de razonamientos están elaborados sobre un psicologismo que resulta insuficiente para darles una base. En esa medida Hume opta por la medida del escepticismo, dejando el problema sin una solución categórica.

Bibliografía

- ARISTÓTELES, *Tratados de Lógica (Organon)*. México: Porrúa. 1993.
- BENNETT, Jonathan. *Locke, Berkeley, Hume: Temas centrales*. México: F.C.E. 1988.
- HUME, David. *Investigación sobre el entendimiento humano*. Bogotá, Norma, 1992
- _____ *Tratado de la naturaleza humana*. Buenos Aires, Paidós, 1974.
- LOCKE, John. *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Bogotá, F. C. E., 2000.
- REINCHENBACH, Hans. *La filosofía científica*. México: F. C. E., 1967.
- STROUD, Barry. *Hume*. México: Universidad Autónoma de México, 1995.